

SAL Y LUZ

Dos circunstancias muy cercanas a mí concurren estos días. El próximo martes día 11 se cumplen 162 años desde que la Virgen María, la Inmaculada Concepción, se apareció en Lourdes a Bernardita Soubirous. “*La señora me miraba como una persona mira a otra persona*”, dirá esta iletrada y enferma niña. Juan Pablo II declaró este día **Jornada Mundial del Enfermo**. Por otro lado, el pasado viernes fuimos convocados a vivir la **Jornada de Ayuno Voluntario**, a la que cada año nos invita **Manos Unidas** dentro de su LXI Campaña contra el Hambre; y el día anterior, el jueves 6, tuvo lugar el acto de Presentación de la misma con el lema “*Quien más sufre el maltrato al planeta no eres tú*”.

La **Hospitalidad de Lourdes** vive todo el año su amor y cercanía al mundo de la enfermedad y la ancianidad; convive, ora, visita, acompaña a cada enfermo, y se prepara para el gran acontecimiento anual que supone la peregrinación a la ciudad de María, ese “*pequeño cielo en la tierra*”. Los miembros de la Hospitalidad viven agradecidos cada día ese “*amar, dar, servir y olvidarse*” que centra su acción eclesial.

Manos Unidas -“*la organización de la Iglesia católica española para la promoción y desarrollo de los países del tercer mundo*”- hace real y vivas las palabras de Isaías que hoy se proclaman: “*Parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al que ves desnudo, y no te desentierendas de tus semejantes. Entonces romperá tu luz como la aurora... y tu oscuridad se volverá mediodía*”. Manos Unidas, con su trabajo diario, callado y sin ánimo de beneficio (es la ONG con los gastos de funcionamiento más bajos, apenas un 5,8%), nos recuerda que la solidaridad no puede ser cosa de un día, de un calentón del corazón fruto de un *tsunami* o un *terremoto*, o cualquier otra tragedia humana, sino la consecuencia de vivir el Evangelio de Jesucristo, que hace de gentes corrientes -vasijas de barro- apóstoles de la caridad, capaces de un amor sin fronteras.

“*Vosotros sois la sal de la tierra... sois la luz del mundo...*”, son las palabras de Cristo en el evangelio hoy; “*sois*”, en presente de indicativo. Cuando Dios convoca un pueblo no lo hace para provecho particular de nadie, sino en función de un mundo que peca de insípido, y que camina en tinieblas y necesita ser iluminado. “*Vosotros sois la sal... vosotros sois la luz...*”. Podríamos escribir un tratado sobre el valor de **la sal**: sazona, conserva los alimentos, deshace el hielo, incluso le da nombre al “salario”... Pero no es importante la sal sino el guiso bien sazonado; nadie comenta en el banquete “*qué excelente sal*”, sino “*qué sabrosa comida*”. La sal murió, desapareció, y la gloria corresponde ahora a la comida y al cocinero. Podríamos entonar cantos a la belleza de **la luz**: cuando existe, todo a su alrededor se ilumina; si no hay luz la echamos en falta, tropezamos, dudamos en dar un paso... Pero nadie se acuerda de ella cuando está, porque se contempla y se goza de lo iluminado.

Como cristianos **tenemos una misión: morir para dar vida**; es decir: **ser sal, y ser luz**. No nos ha hecho Dios sal y luz para la inacción. La **Hospitalidad de Lourdes** y **Manos Unidas** son, como muchos otros ejemplos en la Iglesia, una gran lumbre. Tú podrías ser también uno de ellos. ¿A qué esperas?

Luis Emilio Pascual Molina
Capellán de la UCAM